

Domingo de Resurrección (05-04-26)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

El Señor ha resucitado, el Señor ha roto definitivamente la muerte, la ha superado por medio de su amor infinito y nos da a todos la esperanza de superarla también, de que no estamos creados ni hechos para la muerte, sino para la vida, y la vida plena y eterna, que es una vida de amor, de solidaridad, de cariño, de comprensión, de entendimiento, de justicia y de paz.

Por eso, hoy día recordamos que Jesús pasó de la muerte a la vida, como un acto íntimo de Dios que nadie presenció, sino Dios mismo, en esa relación íntima entre el Padre, el Hijo y el Espíritu que nos fue transmitida por la primera Iglesia. Hoy día, gracias al testimonio de la Iglesia, podemos renovar esta fe que afirma algo que, no siendo visto por los seres humanos, ha sido anunciado desde la experiencia de la fe siglo tras siglo hasta nuestra era, y también para las generaciones futuras.

En el texto que hemos leído (Juan 20, 1-9) se nos muestra algo bien importante: cómo es la fe de la primera Iglesia. No todos captan de la misma manera lo que ha sucedido.

María, que tan íntimamente trató a Jesús, fue al sepulcro al amanecer y, en medio de la oscuridad todavía, ha visto que han quitado la loza, la piedra que tapaba el sepulcro. María es una mujer muy creyente, acompañó con las mujeres la vida de Jesús; y ella misma ha tenido una experiencia de mucha cercanía. Sin embargo, no todo lo que Jesús había anunciado ella lo comprende y se echa a correr desesperada. Expresa más o menos la actitud de todos cuando tenemos una noticia a la vez compleja, no muy entendible, a la vez preciosa y, simultáneamente, no preciosa porque no se sabe qué pasó.

Entonces, María Magdalena les dice: “*Se han llevado al Señor del sepulcro y no sabemos dónde lo han puesto*”. Prácticamente está hablando de un robo del Señor. Qué interesante, hermanos, porque todos los cristianos, desde el primer momento, tienen fe, pero, simultáneamente, la fe tiene una comprensión propia. Y este texto nos quiere ayudar a comprender cómo comienza la Iglesia: con personas que tienen su humanidad y que interpretan las cosas en diferentes formas, pero que todas están asistidas por el mismo acontecimiento.

María Magdalena es la primera en llegar, inventa la idea de un robo y sale desesperada. Esto es muy importante porque, en el primer cristianismo, en la primera fe, en la primera comunidad cristiana, como en nosotros, hay cristianos desesperados, apasionados, que aman intensamente, pero que simultáneamente se asustan de las cosas. Muchos de nosotros, en las situaciones que estamos viviendo, nos desesperamos también. Y, sin embargo, es algo muy bueno lo que está pasando y tenemos que aprender a calmarnos, tener ponderación, aprender. Esto es muy bonito porque los caracteres de los tres discípulos, tanto de María Magdalena como de Pedro y de Juan, son distintos.

Les digo esto porque uno de los grandes problemas que hemos tenido en la historia de la fe, en estos veinte siglos, es la pretensión de que para ser cristiano hay que ser uniforme. Todos igualitos, cortados por la misma tijera, casi un ejército. Y lo primero que nos suscita la Resurrección es la diferencia de cada uno de sus caracteres para poder apreciarnos y comprendernos, no para homologarnos. Basta de un catolicismo estándar, asumamos que somos distintos y aprendamos a sobrellevarnos juntos, y unidos en el mismo Jesucristo. No a creer que, porque se dictan normas uniformes, todo el mundo, entonces, a rajatabla tiene que obedecer, como un ejército.

La Iglesia no es un ejército, es una comunidad sinodal, como lo ha querido recordar especialmente el Papa Francisco y ahora el Papa León XIV. “Sinodal” significa que caminar juntos. “*Odos*” es “camino”, “*syn*” es “unidos”, conversando, aclarando, ayudándonos mutuamente. Por eso el Santo Padre Francisco aprobó las conclusiones del Sínodo de la Sinodalidad y, simultáneamente, también dio origen a que en todas las Iglesias - y en la nuestra ya se ha realizado la Segunda Asamblea Sinodal - en donde todos hemos hablado, nos hemos tratado de igual a igual, porque es cierto que hay un orden de gobierno y de orientación de la Iglesia, pero eso no nos quita el derecho a hablar. Al contrario, estamos obligados todos a escucharnos mutuamente.

Y, en esa reunión de enero, estoy leyendo ahora las conclusiones y dentro de poco va a salir la Carta Pastoral. Es impresionante la cantidad de sugerencias, de propuestas de las personas que, justamente, movidos por el Espíritu Santo, el Espíritu de Jesús, se expresan y se presentan como personas libres que comparten y que vamos haciendo juntos la Iglesia.

La primera Iglesia es así: diferenciada. Todos son distintos, inclusive, con sus errores y sus problemas, pero comparten lo que son, pero unidos en el amor del resucitado. Y la verdadera Resurrección está en eso: en la resurrección de la persona como persona libre, que comprende, que ayuda, que se complementa y que construye en unidad, un mundo de paz.

El segundo carácter es el de Pedro, que llega más tarde; y el de Juan, que llega temprano porque era joven. Es bien interesante porque se detiene y deja entrar al que el Señor había designado como el jefe de la Iglesia. Entra y dice: “*Vio los lienzos tendidos, el sudario, y **observó***”. Mientras que María Magdalena, la primera reacción es **ver** que está vacío

y desesperarse, Pedro entra y está preocupado y se pone a elucubrar.

Ustedes no notan estas cosas porque es una traducción del griego y en nuestro castellano “ver” es lo mismo en todas las circunstancias. Sin embargo, estamos hablando de un primer “**ver superficial**”, un segundo “**ver calculador**” y, finalmente, un tercer “**ver profundo**”.

La primera visión que tiene María es una visión que se usa en griego es **blepo**, que es “miró superficialmente”, se asomó y ya se asustó. Muchos de nosotros somos medios **blepos** porque vemos superficialmente y empezamos a decidir. Mucho cuidado en el próximo tiempo que viene, en esa próxima semana, que nos apesuremos y metemos la pata. Hay que pensar bien las cosas, hay que observar bien.

La segunda actitud, la de Simón Pedro, emplea otro verbo, **teoreo**, bajo la forma **teorei**, que significa “especuló”, como si **elaborara una teoría**”, empezó a pensar, a especular qué cosa habrá pasado, a calcular. Es otro carácter, otra manera de ser cristiano y que tiene otra manera de “ver”. Es importante también, porque es necesario ponderar las cosas, pero también ocurre que uno se queda medio estupefacto porque especula demasiado y no se puede decidir.

Y la tercera actitud, que viene Juan, al cual se le llama en el Evangelio “el discípulo amado”, no el discípulo “amante”, el discípulo amado. Esto es muy importante porque, a veces, creemos que el cristianismo es amar a Dios. Ser cristiano es dejarse amar por Dios para aprender a amar, porque nuestros amores, que son humanos, se proyectan. Si a mí me faltó cariño, entonces creo que la enamorada que tengo es “mi mamá”. ¿No es cierto? Es decir, empiezo a actuar en un amor que es de acuerdo con mi necesidad.

Lo más importante aquí es que, cuando nos dejamos amar por Dios, acogemos ese amor y aprendemos a amar como Él. Aquí se nos está diciendo, en el ejemplo de Juan, que **vio** y **creyó**. Siendo el discípulo amado, **vio** y **creyó**. Este ver es más profundo, se dice en griego *eiden*, (del verbo *eido*) o sea, no especuló, no hizo alarma, sino que simplemente ve y cree. ¿Por qué razón? Porque es su vida - y ustedes pueden leer en el Evangelio de Juan - cómo él se deja llevar, conducir, en ese amor por el Señor y aprende a ser su amigo, su “pata del alma”.

Todos ustedes tienen una “pata del alma”, ¿no es cierto? ¿O ya no hay “patas del alma”? Supongo que hay todavía. Los peruanos, además, somos especiales para tener un “pata del alma”, lo que pasa es que, a veces, no es del alma, sino de la “pandilla”. Pero tener una persona con la cual uno es verdaderamente amigo o amiga es sumamente importante. Nos permite recibir gratuitamente una experiencia que no calcula, que no tiene intereses, pero que suscita en nosotros una enorme capacidad de actuar también gratuita y solidariamente.

Eso es lo que queremos hacer cuando formamos las hermandades, cuando formamos las comunidades en la Iglesia, cuando hacemos las parroquias: ambientes, lugares espacios en donde se pueda estar porque se es aceptado gratuitamente y no por interés. Es la cosa que más desea un ser humano: ser amado sin condiciones. Ese es el amor que nos ha dado el Señor, el que le dio a Juan, y en este texto se subraya porque se nos exhorta a creer a partir de ver, pero de ver profundamente con ese amor íntimo que Juan tenía con Jesús.

Esto es muy lindo, además, porque en toda la Biblia, Dios tiene preferencia por el más pequeño y el más joven de la comunidad de los discípulos fue Juan. ¿Por qué Dios ama a

los más pequeños? Todavía no lo sabemos. Parece que es porque los humanos, cuando actuamos en nuestra historia, los mayores vamos cerrando el mundo. ¿Y qué pasa con los últimos? Que los últimos siempre cambian las cosas.

Por si acaso, el Papa León XIV es hermano último. Por eso, vamos a tener muchas sorpresas, porque hay muchas cosas que cambiar. Muchas veces, cuando llegan los últimos, resulta que “ya está hecho todo”. Entonces, si no se readapta, nos hundimos en el pasadismo, porque siempre hay que hacer lo que se ha mandado, y eso pasa con la Iglesia también. Qué cosa tan linda que el que “ve” y “cree” tiene la hondura de fe que puede hacer que todos creamos gratuitamente y sin medida, y todos los que son calculadores, los que son apurados, todos pueden entrar en un proceso de profundización.

Por eso, hoy día, hermanos y hermanas, este Cristo Resucitado se anuncia en la vida de los primeros discípulos a una Iglesia como esa que tenemos y como la Iglesia mundial, una Iglesia diversificada, distinta, que necesita ser comprendida en su diversidad y no uniformizada. ¿Quiénes uniformizan? Los emperadores, los dictadores, los maltratadores, los extorsionadores, los corruptos. Esos son los que homogenizan. ¿Por qué? Porque la plata homogeniza, estandariza, vuelve a todos cosas y no personas.

Dios ama a la humanidad personalmente, a cada uno y a todos, para que seamos una comunidad viva. Una comunidad resucitadora y resucitada es una comunidad que se comprende y se ayuda, que es dinámica, no es estática, que afronta los tiempos difíciles y discierne mutuamente. Como dice el Chavo: una comunidad “lero, lero, candelero”, que habla, que conversa, que aclara. Y eso es lo que vamos

a hacer toda esta semana, hermanos y hermanas, para no equivocarnos.

Todas las situaciones requieren ser siempre discernidas, conversadas y viendo quién realmente puede resumir lo que todos necesitamos. Y que eso sea hecho por obra de nuestra voluntad sería de libremente decidir y, simultáneamente, inspirados en las cosas más buenas que nos dejó nuestra fe, que es el valor del bien de todos y no el bien particular de algunos.

Que Dios los bendiga y que tengamos no solamente la alegría de la Resurrección, sino la alegría de que también nuestra sociedad, nuestras vidas, nuestras familias, nuestros hijos, nuestros niños, nuestros amigos y, especialmente, nuestro país y el mundo actual, que se sumerge en el furor de la guerra, el mundo actual también pueda resucitar y alcanzar la paz.

Bendiciones para todos ¡Viva Cristo resucitado!